

Colon, nada menos que ex-regente el uno, decano del Consejo el otro (1).

Uno de los asuntos que se trataron y debatieron con mas interés y empeño en las córtes en los dos últimos meses de este año (1811), fué el relativo á la mudanza de regentes, por no ser, decían, para el caso los que habia: proposicion que hizo Morales de los Ríos, y apoyaban otros, en la ocasion crítica de hallarse el presidente Blake tan ocupado y comprometido como hemos visto en los desgraciados sucesos de Valencia. Dificultaba para algunos esta cuestion la pretension antigua del ministro de Portugal de hacer regente ó poner al frente de la Regencia á la hermana de Fernando VII, la infanta María Carlota, princesa del Brasil; mientras que para el partido anti-liberal de las córtes era este un nuevo aliciente ó estímulo para el cambio, y por eso mostraba empeño en que se hiciese, y en que figurase á la cabeza de la Regencia una persona real. Complicábase además este punto con el de la sucesion á la corona de España, que en aquel tiempo como parte de la Constitucion se estaba tratando tambien en las córtes, y sobre el cual se agitaban diferentes pretensiones y se movian los diversos bandos políticos que las sostenian.

Dió entonces la princesa misma un paso, en que mostró poca ligereza, y hubo de hacerla perder mucho en el concepto de los hombres pensadores; cual fué el de escribir á las córtes una carta, á la que quiso dar el tinte de confidencial, como si confidencias de esta clase pudiesen tenerse con un cuerpo tan numeroso y en que habia tantas maneras de pensar. Decimos esto, porque tuvo la candidez de advertir que de esta correspondencia deseaba no tuviese noticia su esposo. La carta tenia por objeto dar una especie de descargo y satisfaccion á la nacion española por las quejas que se tenian de la conducta de la corte del Brasil en los sucesos del Rio de la Plata y de Montevideo, procurando así congraciarse con la representacion nacional. Esta le contestó que para asuntos de esta clase debia dirigirse á la Regencia, á cuyas facultades y atribuciones correspondian. Mezclábase tambien en ello el embajador inglés, entre el cual y la actual Regencia mediaban desavenencias graves. La discusion fué larga y reñida.

En cuanto á la necesidad de mudar de regentes, era bastante general y compacta la opinion, no en cuanto á la calidad de las personas que habian de nombrarse. Los partidarios de la infanta Carlota, algunos de los cuales llevaban la idea, plausible en sí, de llegar por este medio á la union de España y Portugal, tuvieron el mal acuerdo de encomendar á dos diputados de escaso nombre y de no menos escasa influencia la presentacion de dos proposiciones, una para que se eligiese nueva regencia compuesta de cinco individuos, uno de los cuales fuese una persona real (y ya se sabia á quién se aludia); otra añadiendo que, nombrada que fuese la regencia, se disolviesen las córtes y se convocasen otras para 1813. Fácilmente conocida la tendencia anti-liberal y la trama que en tales proposiciones se envolvía, los diputados del contrario partido las impugnaron con calor, y en especial Calatrava y Argüelles, presentando este último otras tres en opuesto sentido, pidiendo explícitamente en la primera de ellas que en la regencia que se nombrase con arreglo á la Constitucion, «no se pusiese ninguna persona real.» Y esta fué la que prevaleció muy á los principios del año entrante, como luego habremos de ver (2).

De propósito hemos dejado para la última parte de este capítulo lo que se refiere al principal, al grande objeto de las tareas parlamentarias del Congreso de este año de 1811, á sa-

(1) El tribunal especial, al cabo de algunos meses que duró el proceso, absolvió á los catorce consejeros á quienes se suponía firmantes de la consulta (29 de mayo, 1812). Mucho mas severo con Lardizabal, aunque no tanto como el fiscal, que pedia para él la pena de muerte, le condenó á expulsion de todos los dominios españoles, mandando que los ejemplares del Manifiesto fuesen públicamente quemados por mano del verdugo. Habiendo apelado al Tribunal Supremo de Justicia, la sala 2.^a revocó la sentencia; pero la 4.^a la confirmó en virtud de apelacion del fiscal del tribunal especial. En cuanto á Colon, tuvo la fortuna de que la junta suprema de censura absolviera su escrito, aunque excediéndose de sus facultades.

(2) Sesiones secretas de noviembre y diciembre de 1811.

ber, al proyecto de Constitucion que se estaba elaborando y discutiendo. Presentó la comision sus primeros trabajos en la sesion del 18 de agosto. Leyó don Agustín Argüelles el largo y erudito discurso que precedia al proyecto; obra suya, de las que honran mas á aquel distinguido hombre político, y que entusiasmó á cuantos le escucharon. Hizo despues lectura don Evaristo Perez de Castro del proyecto, que abarcaba las dos primeras partes de la futura Constitucion. Toda la sesion se invirtió en la lectura de ambos documentos, que se mandaron imprimir con toda preferencia y con toda la posible brevedad. Y en tanto que estas dos partes se discutian, la comision continuaba sus trabajos, en términos que se halló en disposicion de presentar la tercera parte de su obra el 6 de noviembre, y la cuarta y última el 26 de diciembre del mismo año. Período nada largo, atendida la calidad de la obra y la extension que se le dió. La discusion duró hasta el 23 de enero del año próximo. Antes habria terminado, sin el empeño de los enemigos de las reformas en suscitar obstáculos y prolongar los debates, moviendo cuestiones, muchas veces hasta impertinentes, sobre cada artículo, y aun sobre cada frase; sistema que en estos cuerpos suelen emplear con frecuencia las oposiciones, cuando desesperan de impedir por otros medios el triunfo de las ideas contrarias; y mas si alimentan, como en esta ocasion, alguna esperanza de que entre tanto habrán de venir de fuera sucesos que contrarién la obra cuya elaboracion intentan impedir.

Tarea larga seria la de querer dar una idea de la marcha que siguió, de los discursos notables que se pronunciaron, de las ideas que se emitieron, de los incidentes que hicieron variados, interesantes y curiosos los debates sobre el proyecto de ley fundamental. Sobre esto, así como sobre la índole, carácter y espíritu que distinguen la Constitucion política que fué resultado y fruto de aquellos trabajos y de aquellas deliberaciones, diremos lo que sea compatible con la naturaleza de nuestra obra, cuando hayamos de hablar de la conclusion de aquel código y de su publicacion como ley del Estado.

CAPÍTULO XVII

Operaciones militares en el resto de España

(De agosto á fin de diciembre)

1811

Perseverancia admirable.—Sucesos de Cataluña.—Don Luis Lacy y el baron de Eroles.—Toman las islas Medas.—Sorpresa de Igualada y de Bellpuig.—Operacion combinada con Eroles, Milans, Sarsfield, Casas y Manso.—Sucede el general francés Decaen á Macdonald.—Aragon.—Duran, el Empecinado, Amor, Tabuena.—Hacen prisionera la guarnicion de Calatayud.—Pasan á Guadalajara de orden de Blake.—Navarra.—Mina.—Pregonan los franceses su cabeza.—Tientan despues ganarle con halagos.—Arranque energético de Mina.—Va á Aragon.—Derrota una columna enemiga.—Embarca los prisioneros.—Bando notable de represalias expedido por Mina.—Castilla.—El 6.º ejército.—Wellington.—Socorren los franceses á Ciudad-Rodrigo.—Combaten al ejército anglo-portugués.—Accion de Fuenteguinaldo.—Don Julian Sanchez; don Carlos de España.—Extremadura.—El 5.º ejército español.—Division anglo-portuguesa.—Sorpresa y derrota del general francés Girard en Arroyo-Molinos.—El 7.º ejército.—Invade nuevamente Bonnet las Asturias.—Movimientos de las tropas españolas.—Santander y Provincias Vascongadas.—Porlier.—Renovales, Longa y otros caudillos.—Reunion de Mendizábal y Merino en Castilla.—Andalucía.—Expedicion de Ballesteros.—Muerte del general francés Godinot.—Situacion del rey José en Madrid.

A pesar de los grandes contratiempos que habíamos sufrido en la zona oriental de la Península, principalmente con las pérdidas de Tarragona y Valencia, ni el espíritu de nuestros guerreros habia desfallecido (que en esta como en tantas ocasiones era superior á todo encomio su perseverancia), ni en todas partes por fortuna habíamos ido tan de caida, ni en aquellas partes mismas fué todo infortunio, y hechos hubo que consolaban de las adversidades que á todos los buenos españoles affligian.

En la misma Cataluña, donde habia sido tan grande el quebranto, y donde, tras las pérdidas sucesivas de Lérida

Mequinenza, Tortosa, Gerona, Tarragona y Figueras, parecia que no habia de haber quedado ni terreno que defender ni valor para pelear, todavia no faltaron genios belicosos é incansables, que aunque con pocos y escasos elementos, mantuvieron viva la llama de la insurreccion, y reanimaron con parciales triunfos el espíritu pertinaz de los catalanes. Con ahinco, y sin desalentarse por los anteriores reveses, trabajaban don Luis Lacy y el baron de Eroles. Por orden del primero acompañó el segundo al coronel inglés Green á un desembarco en las islas Medas, sitas á la embocadura del Ter (29 de agosto). Tomaron y destruyeron el fuerte que los franceses en ellas tenian; los ingleses creyeron conveniente abandonarlas volando el castillo, pero Lacy, que no opinaba como ellos, se embarcó en persona (11 de setiembre), las reconquistó arrojando los franceses, restableció el castillo, puso á las islas el nombre de islas *de la Restauracion*, y se volvió dejándolas en disposicion de resistir las tentativas de los enemigos.

Pocos dias despues, acompañado de su segundo el baron de Eroles, acometió y causó una pérdida de doscientos hombres á los franceses de Igualada (4 de octubre), obligándolos á refugiarse en el convento de capuchinos que luego tuvieron que abandonar. Sorprendió el de Eroles un convoy que iba de Cervera. Asustados los franceses con tan bruscas é inopinadas embestidas, abandonaron los puntos poco fortificados, incluso el de Monserrat, cuyo monasterio quemaron y destruyeron al retirarse, y se acogieron á Barcelona. Lacy pasó á Berga, donde reclamaba su presencia la junta del Principado, y prosiguiendo el de Eroles la empresa comenzada, atacó á Cervera, y obligó á rendirse á mas de 600 franceses atrinchados en el gran edificio de la universidad (1). Activo y energético, pasó inmediatamente á Bellpuig, cuya guarnicion se le entregó (14 de octubre), en número de 150 hombres, que eran los que no habian perecido en la defensa: corrióse el de Eroles al norte del Principado. Bajo su proteccion el gobernador de la Seo de Urgel don Manuel Fernandez Villamil hizo una incursion atrevida en Francia, arrollando las tropas que se le pusieron delante, exigió contribuciones, incendió pueblos, y repasó otra vez la frontera.

Grandemente se acomodaba á las aficiones y al genio de los catalanes esta manera de guerrear, y adoptándola Lacy lisonjeó á los naturales y se hizo gran partido entre ellos. Al calor de aquellos dos jefes, Lacy y Eroles, crecian los somatenes, se organizaban los cuerpos francos, y salian á campaña nuevos guerrilleros; de modo que con ser los franceses dueños de las grandes poblaciones y de las plazas fuertes, no gozaban de mas tranquilidad y reposo en Cataluña, que en el principio de la guerra, costándoles el mismo trabajo que antes comunicarse entre sí y con Francia, y abastecer á Barcelona. Al mariscal Macdonald, duque de Tarento, sucedió en el gobierno del Principado el general Decaen. Este preparó en diciembre en el Ampurdan un convoy considerable para el abastecimiento de la capital. Contaba para ello el general francés con mas de 14,000 hombres, además de los 4,000 que de Barcelona habian de salir á su encuentro. Noticioso de este proyecto Lacy, sin embargo de no contar sino con una escasa mitad de aquella fuerza, propúsose estorbar su marcha. Al efecto dispuso que los jefes españoles, Eroles, Milans, Sarsfield, Casas y Manso se colocaran con sus respectivos cuerpos en las posiciones que les señaló, y aunque no logró impedir la entrada del convoy, esperó á Decaen al regreso en las alturas de la Garriga. Presentóse en efecto en este punto (5 de diciembre) un cuerpo francés de 5,000 infantes, 400 jinetes y 4 piezas. Lacy los rechazó vigorosamente; Casas y Manso los persiguieron hasta Granollers, y vieronse forzados á torcer por San Celoni, dejando libre la ciudad y pais de Vich. Así se mante-

(1) Entre los prisioneros lo fué el corregidor nombrado por los franceses, hombre feroz, de quien cuentan que solia castigar á los que no pagaban puntualmente las contribuciones, ó no obedecian á sus arbitrariedades y caprichos, metiéndolos en una jaula de su invencion, con la cabeza fuera, untado á veces el rostro con miel, para que le atormentara el ardor del sol, y hasta las moscas. El pueblo vengó ahora, como era de esperar, las crueldades de este hombre atroz haciéndole víctima de sus furores.

nia la guerra de campo en Cataluña, ya que el enemigo no tenia ocupadas las plazas y ciudades.

Lo mismo que en Cataluña hacian los caudillos que hemos nombrado, ejecutaban en Aragon Duran, el Empecinado, don Bartolomé Amor, Tabuena, y algunos otros, principalmente por la parte de Calatayud, logrando, entre varios atrevidos golpes, hacer prisionera la guarnicion francesa de aquella ciudad (4 de octubre, 1811), compuesta de 566 hombres. Trastornados traian al gobernador de Zaragoza Musnier los movimientos y la audacia de estos guerrilleros, si guerrilleros podian llamarse ya los que, como Duran y el Empecinado, acaudillaban cuerpos de 5,000 infantes y 500 caballos. Cuando la division italiana de Severoli que se hallaba en Navarra pasó á Aragon (9 de octubre), llamada por el mariscal Suchet, como en su lugar dijimos, para que le auxiliara en sus operaciones sobre Valencia, aprovechó aquella ocasion el gobernador de Zaragoza Musnier para perseguir á los nuestros y arrojarlos de Calatayud. Mas cuando los franceses llegaron á este punto, ya el Empecinado y Duran le habian abandonado, y juntos unas veces, separados otras, continuaban sus correrías. Don Juan Martin, despues de haber tenido apurado el castillo de Molina, obligado á dejar aquella operacion, acometió la Almunia, cuya guarnicion rindió (6 de noviembre), ocupándose el resto del otoño en batir la tierra y cortar comunicaciones entre Valencia y Aragon. Duran por su parte hizo una diversion á la provincia de Soria donde tambien obtuvo ventajas, y por último volviendo á Aragon y reincorporándose con don Juan Martin, recibieron ambos orden de Blake (diciembre de 1811) para pasar á la provincia de Guadalajara á las órdenes del conde del Montijo, nombrado comandante general de la misma, segun ya indicamos al tratar de la campaña de Valencia.

Pero era el caso, que si los franceses desembarazaban de tropas la Navarra para llevarlas á Aragon ó Valencia, como sucedió cuando fué llamada la division italiana de Severoli, aprovechaba el activo, astuto y temible Mina aquella ausencia para correrse tambien á Aragon, ponerse sobre las Cinco Villas ú otros puntos que le convinieran, y traer como mareados á los franceses de este reino. Mina, que siempre, pero mas desde la célebre sorpresa de Arlaban, habia atraído sobre sí una persecucion especial, en términos que en el estío de 1811 se habian destinado á acosarle nada menos que 12,000 hombres, cuyos movimientos sin embargo burló con hábiles evoluciones y maniobras, en que nadie le igualaba, habia de tal modo irritado al gobernador de Pamplona Reille, que puso este á precio su cabeza (2), ofreciendo por ella 6,000 duros, cuatro por la de su segundo Cruchaga, y dos por cada una de las de otros jefes. Y aun no teniendo por bastante eficaz este medio, atendido el cariño que le profesaban y la lealtad que le guardaban todos los navarros, apeló el francés al del halago y la seduccion. Al efecto buscó personas de la ciudad amigas suyas que fuesen á ofrecerle ascensos, honores y riquezas, si abandonaba la causa de su patria. Era esto en ocasion que acababa de entrar en Navarra la division de Severoli: Mina necesitaba de algun respiro, y entretuvo unos dias á los comisionados con respuestas ambiguas. Mas como volviesen á insistir pidiéndole una resolucion, citóles á todos, cinco que eran ya, para una conferencia que habrian de tener en el pueblo de Leoz, cuatro leguas de Pamplona, el 14 de setiembre.

Acudieron todos en efecto el dia señalado, á excepcion de un tal Mendiri, jefe de gendarmes. O por cartas que Mina recibiera de Pamplona, ó porque sin necesidad de avisos él hubiera desde el principio recelado ser todo ello ardid para armarle algun lazo, so pretexto de la ausencia de Mendiri, y mostrándose irritado por la sospecha que su falta le infundia, hizo arrestar á los cuatro comisionados y llevóselos consigo. De pérdida y alevosa calificaron esta accion los franceses, alegando que los comisionados habian ido bajo el seguro de su palabra, lo cual era verdad. Mas sin negar nosotros que Mina hubiera podido encontrar, para eludir el artificio de los enviados de Reille, otros medios que no fuesen tan ocasionados á aquella censura, ¿cómo pudo creerse que él, ó no penetrara,

(2) Bando de 24 de agosto, 1811.

ó no supiera por confidenciales avisos, que el plan iba por lo menos contra su lealtad y en su descrédito, cuando no fuese una trama inicua para apoderarse de su persona?

Salvóse pues del modo, mas ó menos injustificable, que hemos dicho. Y cuando Severoli evacuó la Navarra para pasar á Aragon, Mina penetró tambien en este reino. Púsose sobre Ejea, y despues sobre Ayerbe (16 de octubre, 1811). Contra él destacó Musnier desde Zaragoza una columna, que encontrando á los nuestros en las alturas inmediatas á aquella villa, tuvo por prudente retirarse hácia la vía de Huesca. Animado con esto Mina, siguió tras los enemigos hostigándolos y rodeándolos en términos que tuvieron que formar el cuadro. Al fin, fatigados estos, acosados siempre, y acometidos por último á la bayoneta por la gente de Cruchaga, tuvieron que rendirse, cayendo prisioneros 640 soldados y 17 oficiales, entre ellos el mismo jefe llamado Ceccopieri, herido como otros. Con noticia de este desastre, partió el mismo Musnier de Zaragoza resuelto á rescatar los prisioneros, obrando en combinacion con otros gobernadores y comandantes franceses. Mina acertó á burlar á todos, y atravesando el Aragon, la Navarra y la Guipúzcoa, encaminóse al puerto de Motrico, rindió la corta guarnicion francesa que en él habia, y embarcó los prisioneros á bordo de la fragata inglesa *Iris*.

De regreso en Navarra, expidió su famoso decreto de 24 de octubre (1), en los términos y con el motivo que ahora diremos. El general francés Reille, gobernador de Pamplona, irritado con la guerra que Mina le hacia, y faltando á todos los sentimientos de humanidad, habia hecho ahorcar, fusilar y vejar desapiadadamente y de mil modos, no solo á militares prisioneros, sino á los padres y parientes de los voluntarios españoles. Con tal motivo Mina y los jefes de su division pasaron varios oficios en queja de semejantes atentados: en uno de ellos le decian al comandante general de Navarra: «Si el conde de Reille inmediatamente no revoca su decreto de 5 de agosto, cesa en su sistema y pone en libertad todos los presos por nuestra causa, haremos una guerra sin cuartel, incluyendo la majestad misma del emperador, degollando cuantos parientes suyos y de sus partidarios hallemos en cualquier parte del mundo; el saqueo y las llamas decidirán la suerte de sus bienes; y si Reille quiere un plan sanguinario y devastador, nosotros, olvidando la moderacion que nos distingue, esparciremos por todas partes la muerte y la desolacion.... y no cesará la catástrofe hasta finalizar con el último del ejército imperial ó adicto que caiga en nuestro poder: V. S. no podrá remediar el furor en toda la division, que está decidida á morir, pero empapada en sangre enemiga..... Reille gusta de sangre y fuego: sangre y fuego quiere esta division; perecerá gustosa con sus parientes y amigos, y sus cenizas desde el sepulcro pedirán á la nacion y á la Europa entera venganza de sus agravios.»

Y por último expidió el decreto á que aludimos, y era como sigue: «Nos don Francisco Espoz y Mina, coronel de los reales ejércitos y comandante general en el reino de Navarra, hacemos saber: Que por el conde de Reille, edecan de S. M. el emperador de los franceses, se publicó un bando en 5 de agosto de este año, por el que concedia un indulto á todos los voluntarios que deponiendo las armas abrazasen el partido imperial, extendiendo la amnistia hasta el 15 de setiembre, con la amenaza de proceder militarmente contra todos los voluntarios, y de ahorcar á los aprehendidos con las armas en la mano; haciendo responsables á los padres, parientes y autoridades así civiles como eclesiásticas, fulminando penas atroces contra todos. Creímos que tal decreto seria conminatorio, y que jamás un general llegaría á realizar amenazas tan injustas como atroces; pero una triste experiencia nos ha desengañado de que excediendo las conminaciones llegó su furor á un extremo inaudito de barbarie. El capitán don Manuel de Sadaba, mi ayudante de campo, que hasta el pié del cadalso manifestó su firmeza exhortando á todo el mundo á la defensa de la patria.... el capitán graduado don Simon de Languidain, y el subteniente don Gregorio Solchaga, han sido, ahorcado el primero, y fusilados los otros dos con la mayor

(1) No de 14 de diciembre, como dice equivocadamente Toreno.

infamia, escándalo del mundo, y violencia de todos los pactos recibidos en las naciones: muchos sacerdotes, alcaldes y otros paisanos han sido pasados por las armas tan ignominiosa como cruelmente, llenando de furor á todas las almas buenas que ven el suelo regado con una sangre inocente; preparando igual suerte á centenares de personas, que hacen llorar en sus calabozos, sin mas delito que el de parentesco con mis voluntarios, ó el deseo de una sórdida avaricia.—No pudiendo mirar con indiferencia unos atentados tan horrosos, contrarios á cuantos derechos se conocen en el mundo, y que debemos remediar en desempeño de nuestro destino, tenemos á bien decretar, como decretamos, lo siguiente.»

Seguia el decreto en seis artículos, reducidos á poner en ejecucion los mismos medios que empleaba Reille, si este no revocaba su bando para 1.º de noviembre, comenzando por 23 oficiales y 700 soldados franceses que tenia en su poder; y mandando en el último que este decreto se leyera á todos los prisioneros que habia y demás que se hiciesen, «para que sepan (decia) el riesgo en que se hallan de morir afrentosamente en una hora por la conducta cruel del conde Reille (2).» Vió el general francés que el decreto del comandante español se ejecutaba y él tambien amansó sus furoros. Con esto y con haber disminuido en Navarra las tropas enemigas por la salida de las que habia llamado Suchet, quedó Mina el resto de este año mas tranquilo, y en disposicion de organizar con mas desahogo su gente y prepararla para nuevas lides, despues de haber burlado á unos generales enemigos, y héchose respetar de otros.

Así iban las cosas de la guerra por Cataluña, Aragon y Navarra, en tanto que acontecian los lamentables sucesos de Valencia en otro capítulo referidos. Veamos lo que al propio tiempo pasaba al occidente de la Península.

El general inglés Wellington habia puesto sus reales (agosto, 1811) en Fuenteguinaldo, á cuatro leguas de Ciudad-Rodrigo, como amenazando á esta plaza. El 6.º ejército español, mandado antes por Santocildes, y desde mediado agosto por don Francisco Javier Abadía, aunque subordinado á Castaños, hallábase repartido en Astorga, Puente de Orbigio y la Bañeza, aparte de la 1.ª division que permanecía en Asturias. Guiaban aquellos tres cuerpos Castaños, Carrera y el conde de Belveder. Acometidos el 25 de agosto por fuerzas superiores del general Dorsenne, algunos se replegaron á Castrocontrigo y Puebla de Sanabria, aproximándose al ejército inglés, los mas con Abadía se retiraron al Vierzo para cubrir las entradas de Asturias y Galicia. Al atravesar los puertos de Fucebadon y Manzanal batieron bien al enemigo, matándole entre otros á un general y un coronel. Sin embargo, Dorsenne bajó tras ellos al Vierzo corriéndose hasta Villafranca, obligando á los nuestros á situarse á la boca de Galicia en el Puente de Domingo Florez, habiendo dejado alguna fuerza en Toreno para defender las avenidas de Asturias. No se resolvió Dorsenne á pasar de Villafranca, antes bien retrocedió pronto á Astorga, cuyo movimiento le agradeció el mariscal Marmont como útil que le era para el plan que meditaba de socorrer á Ciudad-Rodrigo.

Tenia Wellington como bloqueada esta plaza, que intentaba rendir por hambre, firme él en sus posiciones de Fuenteguinaldo, que habia fortificado, como tenia de costumbre, con obras de campaña. Auxiliaban al ejército inglés los españoles don Carlos de España y don Julian Sanchez. Empezó el mariscal Marmont su marcha desde Plasencia el 13 de setiembre con el objeto indicado. Desde Astorga pasó á unirsele el general Dorsenne, y el 22 se juntaron cerca de Tamames. La fuerza que entre los dos llevaban se aproximaba á 60,000 hombres. A los tres dias habia logrado ya este ejército su principal propósito de introducir socorros en Ciudad-Rodrigo, sin que Wellington, que parecia tener tan amenazada la plaza, se moviese de sus posiciones. Aguardó en ellas á ser atacado por el francés, que lo verificó en efecto el 25 (setiembre de 1811). Hubo un combate, en que tomaron parte catorce escuadrones franceses, y se pusieron en movimiento mas de

(2) Este decreto y los oficios anteriores de que hemos hecho mérito se imprimieron despues en Cádiz.

treinta. Defendieronse bien los ingleses: los resultados no fueron de importancia. Creyeron los franceses mas fuerte de lo que era la posicion de Fuenteguinaldo. Sin embargo, Wellington no se contempló allí seguro, y tomó otras posiciones tres leguas mas atrás. Tambien le buscaron en ellas Marmont y Dorsenne: tambien hubo combate (27 de setiembre), pero tambien de escaso resultado, pues se redujo á unos 200 hombres de pérdida por ambas partes. Marmont y Dorsenne no andaban bien avenidos, subsistencias no les sobraban, y sin otro fruto de su expedicion que el socorro de Ciudad-Rodrigo, separáronse los dos jefes, y Marmont se volvió á tierra de Plasencia, de donde habia partido, y Dorsenne tiró hácia Salamanca y Valladolid.

Libre el ejército inglés, y libres tambien por aquella parte los dos caudillos españoles que le acompañaban, mientras Wellington se dedicaba á preparar sitio formal á Ciudad-Rodrigo, los nuestros hacian correrías no inútiles segun su costumbre. En una de ellas el intrépido y astuto don Julian Sanchez, emboscándose con una partida de su gente, en ocasion que el gobernador francés de aquella plaza, Renaud, salia á hacer un reconocimiento, sorprendióle y le hizo prisionero con doce jinetes de los suyos (15 de octubre, 1811), obsequiándole despues con una espléndida cena. El resto de los de Sanchez, apresó tambien unas 500 cabezas de ganado. Entre tanto, y es coincidencia singular, don Carlos de España hacia una cosa muy semejante á la que de Mina hemos contado con referencia precisamente á estos mismos dias. Supo don Carlos de España que un comandante francés habia fusilado en Ledesma seis prisioneros españoles á las veinticuatro horas de haberlos cogido. Irritado con la noticia, ofició al gobernador de Salamanca diciéndole entre otras cosas: «Es preciso que V. E. entienda y haga entender á los demás generales franceses, que siempre que se cometa por su parte violacion de los derechos de la guerra, ó que se atropelle algun pueblo ó particular, repetiré yo igual castigo inexorablemente en los oficiales y soldados franceses.... y de este modo se obligará al fin á conocer que la guerra actual no es como la que suele hacerse entre soberanos absolutos.... sino que es guerra de un pueblo libre y virtuoso, que defiende sus propios derechos y la corona de un rey á quien libre y espontáneamente ha jurado y ofrecido obediencia, mediante una Constitucion sabia que asegure la libertad política y la felicidad de la nacion (1).»

Fiando el general en jefe del 5.º cuerpo francés que se hallaba en Extremadura en la poca movilidad de los ingleses, y viendo la especie de inaccion en que parecia permanecer en el Alentejo el general Hill, que era el que podia auxiliar á nuestro ejército de Extremadura, quiso apurar á este privándole de recursos, á cuyo fin se situó el general Girard en Cáceres, extendiéndose hasta Brozas. No salió bien su cálculo al francés: porque excitado Wellington por Castaños para combinar un movimiento con la division anglo-portuguesa de Hill y las tropas de nuestro 5.º ejército, vino en efecto este general á Extremadura con la mayor parte de su fuerza, que no bajaba de 14,000 hombres. Juntóse á Hill en Aliseda, cinco leguas de Cáceres (24 de octubre, 1811), el segundo de Castaños don Pedro Agustin Giron, con 5,000 hombres divididos en dos cuerpos, que guiaban el conde Penne Villemur y don Pablo Morillo. La aparicion y proximidad de esta fuerza movió á Girard á retirarse de Cáceres al pueblo de Arroyo-Molinos, donde esperaba que no llegarían los ingleses, poco dados á alejarse de la frontera de Portugal y á internarse en tierra de España, cuanto mas que el francés pensaba proseguir á Mérida, como en efecto comenzó á verificarlo una brigada saliendo de Arroyo-Molinos al alborar el dia 28 (octubre). No imaginaba Girard que en aquella misma mañana pudiera echársele encima el ejército aliado: ignoraba de todo punto su movimiento, cuando á las siete de aquella, puesto ya él mismo en marcha por la misma ruta que su primera brigada habia emprendido, le avisaron de que se divisaban tropas en

(1) Palabras ciertamente notables estas últimas en boca de don Carlos de España, que tanto se señaló despues por su absolutismo, y tan enemigo se mostró de la Constitucion y de la libertad política que entonces invocaba.

la cima de la sierra. La niebla no permitia distinguirlas bien, figurósele que eran guerrillas, parecióle que no merecian la pena de detener su marcha y mandó apresurar el paso.

Completa fué la sorpresa de Girard. Casi simultáneamente una parte del ejército aliado se arrojó sobre el pueblo, otra se adelantó á interceptarle el camino y otra se lanzó sobre la columna que marchaba, ya casi cogida entre dos fuegos, de forma que puede decirse fué tan pronto rota y deshecha como atacada, salvándose Girard con muy pocos en la sierra y á costa de trepar por riscos y cerros. Aun siguió don Pablo Morillo á su alcance hasta el puerto de las Quebradas. La facilidad de esta derrota la decia la insignificante pérdida que tuvimos, reducida á 71 anglo-portugueses y 30 españoles, mientras que el enemigo, sobre haber dejado en nuestro poder cañones, banderas y todo el bagaje, tuvo 400 muertos, entre ellos el general Brun, el duque de AreMBERG, y varios oficiales superiores. La brigada francesa que se habia adelantado no tuvo noticia de este desastre hasta que llegó á Mérida. Los franceses de Badajoz entraron en cuidado y tuvieron cerradas las puertas de la plaza dos dias. Cuando el general en jefe del 5.º ejército francés, Drouet, se apercebió del contratiempo y se disponia á hacer un esfuerzo para repararle, los nuestros se fijaron en Cáceres; Hill con sus anglo-portugueses se volvió á las posiciones que antes habia ocupado.

Menos afortunado el sexto ejército español, tambien á las órdenes de Castaños, aunque apartado de él, y regido inmediatamente por Abadía, resintióse ya bastante de las mudanzas, así personales como materiales, que este injustificadamente y al parecer por puro capricho hizo. Tampoco le favoreció el viaje y ausencia de Abadía á la Coruña, reemplazándole interinamente el marqués de Portago. De estas novedades, y del desconcierto con ellas introducido, aprovechó el general francés Bonnet para invadir de nuevo las Asturias, donde acudió el jefe de estado mayor Moscoso, militar entendido, activo y prudente, que habia desaprobado las variaciones indiscretas de Abadía, y acudió á marchas forzadas para evitar en lo posible los males y desastres de aquella invasion. Algunas precauciones habia tomado tambien don Francisco Javier Losada, que mandaba allí la primera division del sexto ejército, y una de ellas fué poner sus tropas sobre el Narcea para tener expedita y que no le cortasen la retirada á Galicia. Este objeto le logró, impidiendo al general francés Gauthier colocarse á su espalda como lo intentó, y obligándole á torcer á Oviedo, donde Bonnet habia entrado. Acompañaban á Losada don Pedro de la Bárcena, y el ya mencionado jefe de estado mayor Moscoso, y gracias á la prevision de tan dignos jefes pudo salvarse la artilleria, así como otros intereses y efectos de hacienda y de guerra.

Habia en efecto penetrado Bonnet (5 de noviembre, 1811) por el puerto de Pajares, y apoderándose sin gran dificultad de Oviedo, cuya capital encontró vacía de gente, como vacías de armas sus fábricas y almacenes. Dueño solo del terreno que pisaba en país de suelo tan quebrado y de tan leales habitantes, aunque habia llevado consigo 12,000 hombres, apenas dominaba sino la faja que forma el arrecife de Pajares á Oviedo. Quiso extenderse por la parte del Narcea, á cuyo fin destacó á Gauthier, que llegó á Tineo (12 de noviembre), pero tuvo que replegarse acosado por los nuestros. Sucedióle otro tanto por el lado de Oriente, donde maniobraba con su acostumbrada actividad don Juan Diaz Porlier (el Marquesito), perteneciente ya al séptimo ejército español, del cual diremos tambien algunas palabras ahora.

Nuevamente organizado este ejército, segun dijimos ya en el capítulo XIV, compuesto de quintos y de cuerpos francos, mandados por Mendizábal, pero cuyo nervio principal, Porlier, que acaudillaba un cuerpo de mas de 4,000 hombres, operaba en todo el litoral de la costa cantábrica desde los confines de Asturias hasta los de Navarra, internándose á veces hácia Burgos y Rioja, dábase cuando convenia la mano con los guerrilleros de estas provincias, como con los de Santander y Vizcaya. Así tan pronto acudia á contener y enfrenar á los franceses cuando invadian las Asturias, como se corria á Santander, donde destruyó algunos fuertes enemigos, llegando